

sejos y hasta parece que tomo el doble carácter de salvador y de apóstol; pero algunos no entienden y muchos no quieren comprender. (*Habla con acento de reconcentrada pena.*) Tengo colaboradores eficaces; pero la tarea es inmensa y necesitaríamos ser muchos hombres para que, repartida la carga, nos tocara á menos peso. Lo difícil es dar con ellos. La experimentación de individuo por individuo es inacabable. Exceptuando algunos éxitos lisonjeros, se puede asegurar que, en último resultado, la operación arroja un desengaño por cada esperanza, y una ingratitud por cada beneficio. (*Visiblemente emocionado.*) Desear el bien del país, es común; afanarse por conseguirlo y ocupar en ello toda la existencia y emplear todas las energías, anteponiendo el triunfo de la idea á las satisfacciones propias. . . . ¡es lo que pocos hacen! Me lisonjea lo realizado hasta hoy; pero me preocupa el afán de ejecutar lo que falta. Está salvada mi responsabilidad; pero no quisiera dejar la obra á medias. Es triste considerar tantos empeños y esfuerzos, gastados para no venir á parar sino hasta la mitad de la carrera. Yo quiero ir más allá;

pero una vida, dos tampoco, alcanzan para cumplir estos propósitos. (*Más conmovido.*) Esto es lo que á veces hiere el sentimiento más profundo de mi existencia: el amor á mi patria. La sueña feliz, próspera, respetada en el concierto de los pueblos. La única vez que he sentido el miedo, la única ocasión en que me sobrecoje un temblor, jamás probado en mi vida anterior, es cuando me asalta la idea de que mi anhelo, conseguido ya en su mayor parte, pudiera andando el tiempo, fracasar. Sería lamentable que esa ambición, por algunos mal interpretada; que tantos sacrificios consumados para llevarla á término resultaran estériles! (*Breve pausa.*) Bastante se ha hecho ya . . . ¡otros recojerán los frutos de la siembra!

(En los últimos períodos de este parlamento, el semblante del hombre potente se enrojece, los lineamientos de su rostro se acentúan, su voz que debe haberse hecho cada vez más sonora, y solemne, calla; de la mirada que relampaguea con claridades olímpicas, se espacien fulgores extraños en la misteriosa penumbra donde resplandecen;

y una lágrima que asoma trémula de terror, zurca lentamente la mejilla del prócer, burlando el omnímodo poder de una prodigiosa voluntad de hierro que domina millones de voluntades, y que, aún en sus combustiones al rojo blanco, es impotente para consumir esa pequeña y trasparente gota de lluvia celestial, en que se resuelven las tempestades del espíritu.)

(Telón lento.)



## CAPITULO VII.

Explica cómo el Espíritu Santo comenzó á llover sus dones sobre D. Candelario, por la vía postal.

**N**O era más que un grueso tubo de hojadelata, cubierto por dos ó tres envolturas, y encima, un parche de papel blanco donde venía la dirección. Amparaba al bulto el indispensable certificado del correo. La señora de Aceituno recibió el objeto y fué á presentárselo á su esposo.

—Aquí te envían esto, le dijo. No sé si son ciruelas ó chiles de Jalapa.

—Lo esperaba, contestó el General; abrió el tubo y extrajo dos hojas de excelente papel impreso, con letras de oro, y que se asemejaba mucho á los prospectos de teatro en que se anuncian funciones de beneficio.

Las tales hojas eran dos decretos de la Honorable Legislatura: en el primero se declaraba al General D. Candelario Aceituno hijo, y, por ende, ciudadano del Estado *cuyos destinos iba á regir*; y en el segundo, se le designaba como electo legalmente, por unanimidad de votos, para

Gobernador de aquella entidad federativa.

Leyó el General los documentos, y una vez terminada la lectura, puso á su esposa al corriente de todo y le dijo:

—Que llamen á Pérez.

La señora salió para cumplir esta orden y el General, antes de volver los papeles á su estuche, manifestó mirándolos atentamente:

—¡Buen gusto revelan los artistas *de allá!* Salió bien este trabajo. Cuando llegue, averiguaré quién lo hizo y lo traeré á México pensionado. ¡Hay que *meterle el hombro!* . . .

Media hora después estaba Pérez en casa.

—Ya es tiempo, le manifestó Don Candelario, de que empiece usted á *desempeñar formalmente sus funciones* de mi secretario privado. Dé usted las gracias por esos decretos, á los *infrascritos que firman*; conteste las felicitaciones en *términos generales*: y despache todo, breve.

En aquel punto se recibió un mensaje del tenor siguiente:

"Señor General, etc., etc. . . . Urge diga esta vía cuándo llega, para estar prevenidos. Suplicámoselo."

Genovevo López.

—Diga que salimos el día 8 y llegaremos á *más tardar* el 16. Póngale á ese señor algo cariñoso el parte, porque *es amigo* y será el Secretario de Gobierno. . . .

Cuarenta minutos después, se presentó el General Aceituno en la antesala presidencial. Su aparición impuso silencio entre los numerosos concurrentes. Un momento más tarde, se abrió la puerta y asomó un ayudante que dijo:

—El Señor General D. Candelario Aceituno. . . . .

Irguióse el General, miró á todos desdenosamente y penetró en la sala.

Todos se salieron. . . . .

Cerca de las nueve de la noche volvió el General á su casa. Lo primero que hizo fué devorar la preparada cena. Tenía el Sr. Aceituno semblante halagüeño y demostraba un gozo que debía superar en mucho á los que experimentaba ordinariamente, puesto que se le podía vislumbrar á través de la máscara imperturbable de su rostro.

Mandó que se presentase Pérez y mientras el mozo, portador del recado, acudía á la casa de éste y lo buscaba por los más ocultos rincones de la ciudad, donde el modesto secretario tenía sus madrigueras, Don Candelario habló con Doña Claudia, en una apartada alcoba que era el santuario donde, en los trances solemnes, uno y otro cónyuge se comunicaban sus más íntimas confidencias.

—¡Qué bien me trató el jefe! díjole Don Candelario á su señora.

—Es que te aprecia, porque sabe cuán-

to lo estimas tú, y que hasta darías por él la vida.

—Cada día lo quiero más y me obliga más también con sus favores. ¡Ese es hombre!

—Como que después de Dios, á nadie más que á él debemos lo que somos. Porque hay otros generales que dicen que han servido como tú ¿y qué tal?....

—Pues ya está todo arreglado y me ha ofrecido su apoyo. Ahora verán aquellos si me *pandeo*.

—¿Y fué larga la conversación?

—Yo sólo me llevé la audiencia.

—Le hablaste, por supuesto, de lo que habíamos pensado.

—Allí se me atora la saliva; pero, no creas, le fuimos dando á los asuntos. Es muy poco lo que faltó que decir.

—¿Te concedió siempre que además del sueldo de tu cargo, te quedes con el de general?

—No le entré al punto, por la mortificación que sentía. Deja, esas materias son tratadas mejor por escrito.

—¡Quién sabe! Ya te acordarás de que ojos que no ven, corazón que no siente. Mira que á muertos y á idos.....

—¡No es posible tanto también! Poquito á poco sube la montaña el cojo.

—Ya veremos. Hablando de otra cosa, ¿podemos salir á proveernos de lo necesario, desde mañana?

—Naturalmente. Tenemos contados días y el tiempo se nos echa encima.

—Bien. Yo dispondré lo que convenga. Necesitamos muchas cosas, porque no es lo mismo estar como hoy, á ocupar un puesto de importancia.

—Es lo que te he indicado. Vamos á pasar, como quien no dice nada, de la galería al palco principal.....

En ese punto iban de su secreteo, cuando una criada anunció la llegada de Pérez.

El General pasó inmediatamente á su despacho, donde el secretario privado se hallaba, y dándole á éste una cariñosa palmadita en el hombro, le dijo:

—¿A que no sabe lo que le traigo, amigo?

—No puedo colegir, señor.....

—Pues póngale el cascabel á este gato.

Al terminar esta frase, ya había sacado de su bolsa una cartera de cuero de Rusia, y elegido entre los papeles que contenía, una tarjeta que depositó en la mesa.

El Secretario la tomó con curiosidad y la examinó detenidamente.

La cartulina contenía en toda la superficie de una de sus caras, un trazado cuadrangular, en cuyos pequeños espacios se encerraban con diestra combinación, letras y números que presentaban ininteligible conjunto para quien no estuviera en el secreto, del particular fin á que dicho documento se destinaba.

—Parece una clave, dijo Pérez.

—¡Al pelo! repuso Don Candelario. Veo que vd. sabe lo que tiene entre manos. Voy á decirle cómo está combinada esta combinación, porque el papelito éste nos va á servir de mucho. ¡Adivine vd. cuántas cosas vamos á pasar por este *arnero!*

Muy tarde era cuando acabaron de estudiar y de probar las ventajas de la con-sabida clave. Al despedirse Pérez, le dijo el General:

—Creo que estamos listos, en este rompe-cabeza, verdad?

—Sí, señor.

—Pues tome nota, á fin de que prepare otras claves para los jefes políticos ¿está vd?

—Sí, señor.

—Pásela bien, y hasta mañana por la mañana.



## CAPITULO VIII.

De algunos incidentes ocurridos durante el viaje, en el que principia á sentir el General los himnos de la lisonja.

**L**OS preparativos de marcha se hicieron con rapidez. Hubo compra de trajes, acopio de víveres, arreglo de mundos y petacas y el día fijado, se emprendió el viaje con toda felicidad. Medio coche del ferrocarril ocuparon el futuro gobernador y toda su comparsa. . . . .

Transcurrieron días de larga y fatigosa expedición; cuatro llevaban los caminantes de ir sobre lomos de bestia. Esa mañana, precisamente, debían almorzar en San Pedrito. Había enramadas en el camino real, y los curiosos aguardaban en la calle de la población. Veíanse en las puertas de los tenduchos y jacaes, pañuelos de color y tiras de papel. La vía principal bien barrida; sobre la torre de la iglesia un indígena, síndico del ayuntamiento, esperaba con un carbón encendido, divisar *la polvareda* para lanzar el primer cohete. La comisión nombrada para saludar al señor Gobernador, y que se componía de dos diputados y

un miembro del Tribunal Superior, salió á las afueras del pueblo para esperar al General. Todos estaban listos, desde el campanero hasta los regidores.

Vióse de súbito la ansiada nube de polvo, estalló el cohete, sonaron las esquilas, aglomeróse la multitud, los corazones de los comisionados latieron de emoción. Momentos después, vieron todos colmados sus deseos ante la presencia del General Aceituno y su numerosa comitiva.

Esta se componía de la señora del General, las dos niñas, Candelarito, el Secretario Particular, un ayudante, cinco *rurales*, el caballerango que cuidaba del *Coyote*, caballo favorito del Gobernador, tres criadas, mozos y siete bestias para el equipaje, esto sin contar los miembros de la comisión que se incorporaron desde San Pedrito.

La permanencia en la localidad fué corta y la comida no muy suculenta.

El señor Cura del pueblo estuvo presente en la mesa, hablándole al General sobre las necesidades del lugar y enumerando las mejoras materiales que interesaban al vecindario. En esto puso mucha atención el General y pensó con justicia que si había en el Estado puentes, atarjeas, calzadas, edificios, calles y pueblos enteros que se apellidaban Armadillo, ¿por qué no había de haber en su *administración* fuentes, jardines, cárceles y acueductos que se denominaran

Aceituno? En último caso, *si las circunstancias* del erario no eran para realizar muchas mejoras materiales, bien podría borrarles el nombre á las antiguas y ponerles el del General á iniciativa de los mismos amigos de... Armadillo.

Los comisionados que vieron al buen padre conquistar el punto, no se quedaron atrás, y al final de la comida, brindaron los tres á la salud de D. Candelario, llamándole el magistrado: "sol de justicia;" uno de los padres de la patria, "regenerador de la sociedad" y el último, el Diputado Bermejo, "gran *dinamo* de la administración Pública."

El sacerdote, dirigiéndose al General le preguntó:

—¿Se quedan aquí esta noche?

—No señor, seguimos adelante.

—Pero ¿dónde van á dormir ustedes?

—En Agua Sucia de Armadillo, respondió el General.

La caravana se organizó como había llegado. Los comisionados ensillaron las mulas, le pusieron las espuelas al General, y ya en camino, el Magistrado Don Ulpiano Rábula le habló á aquel de un negocio pendiente en la Segunda Sala.

Muy entrada la noche, rindieron la jornada en Agua Sucia.

Viento rudo, el campo como boca de lobo, á lo lejos aullido de canes, y luces mortecinas en el fondo obscuro de la dispersa barriada.

Hora las diez de la noche. Silencio sepulcral en los jacales.....

—Señor General. . . ¡Si viera qué animación hay en la ciudad para recibir á usted!

—Y en el gobierno ¿qué tal? manifestó Don Candelario.

—Todos son ya amigos incondicionales de usted.

—¿Ha ocurrido algo nuevo? preguntó el General.

—Sí, repuso Bermejo; el tesorero que, hasta última hora, soñaba en la reelección del General Armadillo, ha colocado en la oficina á todos sus parientes.

—Y la hacienda ¿cómo va?

—No es por decir mal, objetó el otro diputado, pero está de los pericos. Las órdenes secretas abundan, el despilfarro es patente, se echa el dinero á la calle, y el pasivo sube, sube que es una atrocidad.

—¡Canastos! Ya sabía las cosas de Armadillo y ¿cómo andan esas jefaturas?

—No es por alabarla, pero solamente la de mi hermano está bien. En las demás se desprecian las mejoras materiales; no se atiende á la instrucción, y ¡hay cada desfalco! . . .

—De suerte, expuso Don Candelario, que todo camina . . . para atrás . . .

—¡No sabe usted, indicó Rábula, cuánto nos ruboriza este rebajamiento moral.

—Cuando usted empuñe *las riendas del Gobierno*, dijo un diputado, todo cambiará de aspecto. . . .

—Así lo sentimos, manifestó Bermejo.

—Así lo esperamos, concluyó Rábula.

—Pues, señores, muchas gracias, dijo el General Aceituno, yo guardaré estos datos en el más profundo secreto; ustedes son verdaderos amigos; pero mientras cambian las cosas, será bueno descansar. ¿Ya arregló nuestras camas el regidor comisionado?

—Ya.

—Buenas noches.

—Buenas, señor General.

—Que usted, señor, la pase bien.

—¿No se le ofrece á usted nada?

—Nó, señores.

Al día siguiente los tres miembros de la comisión ensillaron los caballos de las niñas y ayudaron á Doña Claudia á acomodarse en su "melado." Se tomó por vía de desayuno, café hirviendo con galletas, y al alba de Dios, siguió la caravana su camino.



CAPITULO IX.

Se copian los acomodados razonamientos que le disparó el Lic. Rábula al señor Gobernador, y se finaliza con la jamás como se debe lamentada aventura del «melado.»



A sonrosada luz de la mañana, disipado había las lobregueces de la noche, llenando de claridad el horizonte, de alegría los cielos, de gorgeos, frescura, perfumes y rocío la deliciosa campiña, cuando el señor Magistrado Don Ulpiano Rábula, hiriendo con perfurado espoleo los hijares de su cabalgadura, se dirigió hacia el brioso corcel que montaba el Gobernador, y viendo á éste caminando á buen paso, con medio rostro sumido entre los pliegues de su bufanda y el sombrero ancho calado hasta las cejas, como si fuera nuestro General ocupado en hondas meditaciones, se atrevió á entablar conversación con Don Candelario y le largó esta pregunta:

—¿Soy importuno?

—De ninguna manera, señor licenciado. ¿Y los demás?...

—Atrás quedaron, señor, atendiendo á las damas.

—¿Hubo alguna novedad?

—Nó, nada, absolutamente; es que las señoritas tuvieron deseo de recojer algunas florecillas silvestres, y esto motivó la detención.

—Bien.... Vea usted, señor licenciado, dijo Aceituno; vea usted estos campos tan *retelinados*..... ¡qué bien se conoce que estamos ya en nuestros terrenos!....

—Ni duda cabe, señor General, muchas comarcas de la República y hasta del continente, nos envidian la fertilidad, la riqueza de nuestro país.... ¡Lástima que el descuido de los gobiernos anteriores, haya vuelto tan desgraciada esta incomparable tierra y derramado la desolación en este privilegiado suelo..... Observe usted esas propiedades sin cultivo y tanta abundancia de dones sin explotación.

—Es que ha faltado fomento y más fomento: fomento á la agricultura, al comercio, á las artes; fomento á todo también.

—Ciencia es la del gobierno, señor, escabrosa y difícil, tanto para su perfecta y concienzuda inteligencia, como para su aplicación práctica al régimen de los pueblos. Desde Herodoto, padre de la Historia, desde el severo Tácito y el grave Tito Livio, desde el viejo Tucídides hasta Mariana y el moderno César Cantú, todos los más sensatos historiadores y escritores han sembrado en sus profun-

das obras de docta enseñanza, los principios en que se debe cimentar una sabia y fructificante política. . . . Pero aquí no se ha hecho caso de nada. Cuando son buenos los gobernantes, es malo su círculo y viceversa. Y ¿qué diré de las administraciones que han seguido la funesta costumbre del *venite agarremus?* . . . . ¡Ah nadie ha curado del bienestar general!

—¡Mire usted qué hermosura de bueyes, señor licenciado! ¿Son de la hacienda de San Francisquito? . . . .

—Justamente, señor; hasta Rancho Pelón están los linderos de esa finca. . . . . Pues decía, prosiguió Rábula, que ciencia de gobierno, principios evidéntísimos para administrar acertadamente, los hay...

—Por supuesto que los hay, repitió marcialmente Aceituno.

—Pero lo deplorable es que ninguno los sigue. Yo he meditado largos años leyendo á Quinto Curcio, á Comines, al eminente Saavedra Fajardo y, sobre todo, al gran Narbona y al notable Furió Ceriol; yo he podido ver y he visto la sencillez que encierran, á pesar de su complejidad, las reglas del buen gobierno.

—¡Qué sementeras, Don Ulpiano! fíjese en esas sementeras. ¡Este año sí que será bueno, por vida del! . . . .

—Del maíz no podremos quejarnos, señor.

—Y de lo demás también; pues qué ¿no ve ese alfalfar? . . . . .

—Señor, tiene usted mucha razón, no había reparado. . . . .

Y tornando á su primitivo tema, continuó Rábula de este modo:

—Como usted muy bien sabe, señor General, hay, desde luego, tres elementos necesarios que deben reclamar la atención del que recapacite en asuntos de sana política, y son: el gobernante, los que lo rodean y los gobernados. No quiero invadir la esfera del Derecho Público y me limito á las máximas de una administración competente. Es indubitable que el jefe administrativo tiene que ser de recto juicio, lúcido criterio, ánimo esforzado, corazón grande y espíritu valeroso.

—Eso, más que todo, observó el General: que no se *rían* de uno, y, cuando haya que dar duro, no tiemble la mano. ¿Comprende?

—¡Ciertamente! Además de esto, el jefe del Estado debe ser magnánimo y discreto en los favores; frío y sereno en los peligros; prudente en los acuerdos, y perspicaz y certero en el conocimiento de los hombres. De aquí se desprende la necesidad de que sea limpio de conciencia, puro de manos, quieto de sentir y noble de ambicionar, pues, según nos afirma Cornelio Tácito, lascivos entretenimientos con mezcla de deshonestidad, enflaque-

cen los ánimos, corrompen las costumbres, y á veces pierden la república.

—¡Adiós! . . . écheme ese trompo en la uña! ¿Lo dice vd. señor licenciado, porque todavía se me alegra el ojo? . . .

—Líbreme Dios de tal desacato, señor. Esta mi observación es general, no alude á nadie. Mis axiomas son abstractos.

—Pues siga con los *extractos* y píquele fuerte á su *penco* que se quiere *apoltronar*.

—Ah, señor; si es en los jefes de gobierno, censurable la codicia, peligroso el desenfreno y nugatorio el abuso de su autoridad.

—Sí, siempre laudatorio.

—Peor que todo eso, puede considerarse el dar oídos á la engañosa adulación y desmedida lisonja. Quinto Curcio enseña que ántes acaban los reinos á manos de lisonjeros que de enemigos; y el emperador Gordiano decía que es desdichado el príncipe á quien sus consejeros no osan decir la verdad.

—Oiga ¿ese emperador fué, preguntó Don Candelario, el que inventó aquel "ñudo gordiano" que he visto representar en el teatro?

—No estoy al cabo de ello, contestó Rábula; pero si el famoso emperador Gordiano, no descubrió ese nudo ni siquiera inventó la pólvora, sí dictaminó sabiamente en diversos asuntos con admirables sentencias. . . . Ahora bien, volviendo, señor, á lo que decía, no pararé jamás

de encarecer lo indispensable que es á los que gobiernan, tener don de gentes y exacto conocimiento del corazón humano para precaver peligros. ¿Quién podrá ufanarse de conocer el corazón humano, que, según nos declara el sabio, está retirado en lo más oculto del pecho, y cuyos designios encubre y disimula la lengua, desmienten los ojos y adulteran los demás sentidos? . . . . .

—Es verdad, es la pura verdad, dijo Aceituno, parando mientes en las rotundas y eruditas disertaciones de su interlocutor. Este mundo, señor D. Ulpiano, está lleno de trampas, chicanas, *sinvergüenzadas* y picardías. . . . Al que sube le "hacen la barba," y al que baja lo arrian á un rincón como basura. . . . Hoy son unos y mañana son otros. Yo lo he visto cuando me perseguían y también cuando tenía un cargo. En la de buenas: "Adiós mi caro amigo;" en la de malas, hasta lo mandan á uno moler á su. . . . .

¡Madre del Verbo increado! Un grito desgarrador y lastimero interrumpió las últimas palabras del general.

Tanto él como su acompañante volvieron grupas, y, á uña de caballo, volaron al lugar donde se encontraban los demás viajeros.

¿Qué había acontecido? Pues un fiero acto de insubordinación en extremo punible. El "melado" que montaba la señora Doña Claudia, no pudo más con la honro-

sísima comisión que se le había confiado, y por un "acto primo," por un rasgo de "locura impulsiva" de que no había antecedentes en tan buen sujeto; mediante dos ó, tal vez, tres reparos (en esto andan discordes los autores) echó por tierra la humana carga que desde la madrugada lo oprimía.

La señora, maltrecha, permanecía en el suelo, rezando entre ayes doloridos, intercalados en el texto, la bendita oración tan eficaz para terremotos y demás cataclismos: "Glorifica mi alma al señor, y mi espíritu se llena de gozo al contemplar" . . . . Los jóvenes, los miembros de la comisión y demás acompañantes prestaban sus auxilios á la señora, quien fué acomodada, como se pudo, en una parihuela ó palanquín improvisado "sobre el campo."

Y, envuelta en hondísima consternación, dió la caravana con su preciosa y lastimada carga, en Rancho Nuevo, de donde ya no salió ese día la comitiva, por *úkase* terminante del General que ordenó la permanencia en aquel sitio, hasta ver *qué resultas* ocasionaba aquel desastre en la economía de su cara mitad.



## CAPITULO X.

Donde aparece el gran Doctor D. Remigio Chirona, luz de la Patología, estrella de la Clínica, honra de la Terapéutica, genio de la Cirujía y regocijo de la Ortopedia.

**A**RNICA, árnica! ¿Qué no hay por ahí alguna persona caritativa que nos proporcione una poca de árnica? Se pagará lo que pidan.

Estas palabras las profería casi á gritos el diputado Bermejo, desde el corredor de la finca, Rancho Nuevo, y las dirigía á una multitud de indios (venidos por el rumor de la novedad) que se miraban atónitos como si pretendieran interrogarse entre sí, sobre el sentido de las frases del *padre de la patria*.

A las voces bermejiles, acudió el mayordomo del rancho, que era hombre de pésima catadura, y se hallaba por aquellos momentos ausente, á causa de haber ido á indicar á los mozos y *rurales* el próximo abrevadero para que se refrigeraran los animales de la comitiva.

—¡Amigo, por Dios! favor de conseguir una poca de árnica; se necesita mucho para atender á la esposa del señor Gobernador.

—Aquí no hay árnica ni nada. . . . ¿qué quiere vd. que se encuentre en este *probe* lugar?

—¡Pues estamos lucidos, sin médico y careciendo hasta de los recursos más indispensables para un caso de enfermedad! —Aquí, señor, nos medicinamos y nos aliviarnos con la voluntad de Dios y con lo que á mano viene. . . . Pero ¡ahora qué dice vd! Quién sabe si *entodavía* andará por aquí un señor médico, que oí decir que vino hace días. . . .

El administrador se detuvo un instante y apersonándose con uno de los curiosos le interrogó:

—Oye Cicilio, ¿no estará por aquí *entodavía* el señor que vino á curar á la tía Rumualda?

—Sí está; *dende esta maniana* lo *vide* que venía de cortar *yerbas* por el rumbo de Piedra Parada.

Pues, anda. . . . corre Cicilio y dile que venga pronto porque el gobierno lo necesita ¿estás? No te tardes ¿eh?. . . . ¡que te pongas los pies en la cabeza!

Cuando esto se le ordenaba, ya el indio había partido como un galgo.

Doña Claudia se hallaba instalada en un cuarto de la finca. En otra pieza inmediata estaban reunidos el Gobernador y los demás caballeros.

—¡Buena nueva, señores! exclamó Bermejo desde la entrada.

—¿Hubo árnica? preguntó el general.

—Algo mejor que eso, señor. Y tomando un aire de triunfo, prosiguió:

—Dentro de breves segundos estará aquí el médico.

—¿Qué médico? interrogó Rábula.

—Uno que casualmente se halla de paso en este lugar.

—Pues ¡que se le llame inmediatamente!

—Ya dí las "órdenes respectivas," señor General.

No habían pasado las dos horas desde que tuvieron lugar los incidentes ya narrados, cuando en la doliente alcoba de Doña Claudia, se presentó un sugeto de moreno rostro, cabeza disforme é intonsa, barba escasa y descuidada, ojos bizcos, pronunciado bello, vestido con sombrero fieltro de ala amplia y en extremo sucio, pantalón, chaleco y chaqueta de dril, tan ajenos del agua y el jabón como de las últimas modas parisienses. Traía aquel individuo en una mano, enorme jarro que depositó cerca de la entrada, en la otra llevaba el sombrero como prenda de que no acostumbraba separarse nunca, y de la bolsa del pantalón, le salía el cuello y algo más de una botella colmada, hasta el tapón, de un líquido á manera de tinta.

—Soy Remigio Chirona, servidor de vdes., dijo al entrar.

Al ver aquella aparición, que iba se-